

ENCIERRO

He de reconocer que sí, que en los pueblos de Castilla somos un poco brutos, pero nadie nos gana a gracia con ciertas cosas, como pedir el pilón para los músicos que no nos gustan o como para inventar una fiesta insólita en medio de una celebración tradicional. Que si la virgen de tal, que si la virgen de cual, que si el patrón, que si...

El caso es que hace ya algunos años, en un pueblo de la Castilla profunda, a alguien se le ocurrió un buen encierro de San Fermín adaptado a las capacidades monetarias de este pueblucho, como solían decir siempre los veraneantes de la capital. No hay dinero para toros, ni siquiera para vaquillas, somos así de miserables, qué le vamos a hacer.

Eran las seis de la mañana, temprano para un pueblo castellano en el mes de agosto. Los muchachos de varias peñas, juntos en la plaza, terminaban de disfrutar la penúltima noche de baile y de las botas con zurracapote y vino de la Ribera se exprimían los últimos tragos del sangrante líquido. Acomodados como antiguos romanos en su *triclinium*, permanecían alrededor de un par de bolsas de pipas y las últimas rebanadas de pan con vino y azúcar. Y los mozos discutían acalorados, que si en el pueblo tal tienen fiestas patronales con concursos de soga tira, o que en el pueblo cual hacen exhibiciones de bailes regionales, o tiro al plato, o corte de troncos con hacha... ¡Válgame Dios! Que en este pueblo tenemos tanta falta de sustancia histórica, que nuestro Ayuntamiento no organiza nada espectacular por lo que seamos conocidos en el contorno.

Mientras los jóvenes se comían los últimos retazos de la madrugada, algún agricultor amanecía camino del trabajo:

—Me “cagüen” la... —gruñó, saltando por encima de los muchachos ociosos que, recostados sobre el suelo, no hicieron por dejarle pasar—. ¡Un camión de alpacas os daba yo y se os quitaba la galbana!

Hubo risotadas e incluso alguno increpó al hombre, justo cuando el autobús de la línea Madrid-Valladolid hacía entrada en la plaza dando las luces y tocando el claxon. Algunos jóvenes, aquella mañana, mostraban mermados sus reflejos e incluso tenían problemas para deambular rectos y serenos por la calle. No era la primera vez que pasaba en ese pueblo y en esas fechas, el chófer ya los conocía. El vehículo paró junto a la fonda,

el establecimiento que solo estaba a rebosar en esos días. Bajaron las escaleras del autobús la tía China y el tío Cáscale y el conductor se entretuvo sacando del maletero las bolsas vetustas que empujaban los dos lugareños. Por las ventanillas se podía ver gente dormitando, apoyando el peso de la cabeza contra el cristal. Varias horas llevaban de trayecto, más de seis, y es que, para el que no lo sepa, por los pueblos de Castilla los autobuses hacen rutas eternas hasta llegar a destino, nada que ver con el AVE, ¡chás, chás!

Fue el Vitorino el que empezó aquella comedia. Con el calor y la fuerza que le otorga a uno el vino de la Ribera, se puso desafiante delante del autobús y lo citó, como a un toro.

—¡Ehhh, bicho, ehhhhh!

Con un papel de periódico enrollado en una mano y la otra llamando la atención del bus, comenzó a correr por delante, mientras el chofer lo increpaba desde la ventanilla.

—¡Aparta, *joputa*, que te voy a atropellar!

Pero los jóvenes que lamían las baldosas de la plaza con su resaca siguieron al Vitorino en el encierro.

—¡A correr al autobús! ¡A correr al autobús!

¡Ya conseguimos el espectáculo único y extraordinario que nos distingue de los demás! El encierro del autobús.

Después de celebrar durante varios años este *tradicional* encierro, e incluso anunciarlo en el programa de fiestas, la compañía puso una denuncia y la guardia civil disolvió la tradición.

Y es que, a veces (solo a veces), somos un poco brutos.

Bala Perdida